fué á despertar á Teófilo, que se habia quedado dormido con el libro en la mano.

Poco tiempo llevaban de conversacion, cuando se las interrumpió un criado que entró á avisar que estaban de visita el señor cura del pueblo con otros señores y señoras. Con esto fué preciso llamar á Dorotea, y subir á cumplimentarlos.

El eclesiástico protector de Teófilo y Dorotea, poseía muchas buenas prendas, como hemos visto, y aunque no las tuviera, no le podian faltar amigos donde quiera, porque tenia mas de veinte mil pesos, cuya sola posesion bastaría á suplir cualesquiera otras circunstancias recomendables, y á conciliarle las mejores estimaciones de los amigos al uso.

El era muy prudente, y sabia distinguir los que estimaban su persona, de los que adoraban su bolsillo; pero en lo esterior á todos trataba con política; y así, luego que subió á su sala, los recibió con bastante agrado: mandó llevar refresco y los obsequió, del mejor modo que proporcionaba aquel lugar.

Como Dorotea era bonita, los niños graciosos, Teófilo instruido, y á mas de esto, advirtieron que eran parientes del cura, y la mucha estimacion que éste hacia de ellos, cada uno le tributó la suya, y despues que el tio refirió las aventuras que habia pasado, todos se condolieron ó aparentaron condolerse de sus desgracias, especialmente de las que padeció Dorotea, á quien prodigaban rendimientos y ofertas. Bien conocian los buenos amigos que al lado del cura no necesitaban de sus bienes, y por eso se los ofrecian con tanto empeño.

No se le escondió este fingimiento á Dorotea, y así les dijo: señores, yo doy á vds. mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes, capaces de socorrer á los desgraciados; pero yo lo fuí tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños, no hallé semejantes piadosos, si no fué una infeliz, en cuya casita me hospedé, y se llama la tia Mariana. Esta pobre vieja, fué mi único consuelo, y mi singular bienhechora.

No dejaron de correrse un poco los oferentes; pero la disculpa de que no la conocian ni lo supieron, satisfizo á Dorotea por entonces.

Volvieron á bajar á la huerta, donde se divirtieron hasta la noche, en la que los amigos del cura, lo quisieron obsequiar con un baile, á pretesto de felicitar su buena ventura á sus sobrinos.

El buen eclesiástico admitió el favor por no faltar á la urbanidad, y se entretuvieron todos muy alegres, hasta las once de la noche, hora en que el cura trató de recojerse, y á su ejemplo, hicieron lo mismo los concurrentes, despidiéndose con espresion y repitiendo sus ofertas.

Pero dejémos durmiendo esta buena familia, mientras damos razon de lo que pasó con la amiga de Dorotea y sus parientas. Al instante que se separó de ésta, fué á casa de la tia Mariana, y hecha una sonaja de

alegría, le dijo: hermana, dame albricias por la felicidad que me he encontrado.—¿Pues cuál ha sido? decia Mariana.—Cual ha de ser: ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea su sobrina y mi amiga, es un ángel.... pobrecita.... Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí á su tio, y han quedado en que me vaya á vivir con ellos á su casa. ¿Qué te parece, niña, no es una gran fortuna? ¡Bendito sea Dios! que ya no veré á mi hija sirviendo, sino que la tendré á mi lado hasta mi muerte, y despues de ella me quedará el gusto de que á mi hija no le faltará nada, mientras vivan los señores, pues así me lo ha prometido la niña Dorotea: ya verás si tengo razon de estar contenta.

Si la tienes, dijo la tia Mariana; pero ¿á que nó te acordaste de mí, ni moviste á mi favor la caridad de esa señorita? Ya ves las miserias que pasamos yo y tus sobrinas....—Sí me acordé. Mas ¿cómo querias que acabando de franquearme tan gran favor, le pidiera otro nuevo? Es imprudencia cansar al bienhechor; pero no por eso te desconsueles; Dorotea es muy piadosa, y yo tu amiga: de lo que tuviere, partiré contigo como hermana, y antes de que salgámos de este pueblo, tú te alegrarás de haber tenido á los hijos de Teófilo en tu casa. Con esto se acostaron muy contentas, la una con la esperanza de su nueva suerte, y la otra fiada en que de ésta algo le habia de tocar.

Al siguiente dia, bien tamprano, envió Dorotea, á llamar á Doña Teresa, que así se llamaba su amiga;

pues se acercaba la hora de que continuaran su camino para México.

Fué la señora en efecto, y Dorotea le preguntó por el estado de la tia Mariana. No tiene novedad, contestó aquella: envia á vd. mil espresiones, y abrazos á los niños. Se ha alegrado mucho del bien que quiere hacernos á mí y á mi hija: yo le ofrecí que de cualesquiera ventajas que logre al lado de vd. participará ella, no solo porque es mi deuda, sino porque me consta su virtud y sus miserias. Tiene dos niñas ya grandecitas, y un hijo de diez años, que lejos de esperanzarla en algun tiempo, siempre le aumentará sus desdichas, porque es ciego, y á mas de eso insensato.

Dorotea. ¡Pobre familia! ¿Y con qué se mantiene? —Ella y sus hijas cosen, lavan y trabajan en cuanto pueden; pero ¿qué vale el trabajo de la muger? Muy poco ó nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia, en la que se criaron las pobres.

Dorot. ¡Cuántas familias de regular nacimiento y de una educacion honrada, perecen escondidas en unas habitaciones miserables, sin tener ni el infeliz recurso de manifestar sus indigencias!—¡Ay, amiga! Estas familias son mas de las que vd. piensa. Su estado vergonzante es el colmo de su desgracia; porque la vergüenza les es una mordaza que les impide aun el ratero recurso de mendingar los socorros públicos. ¡Cuantas familias de éstas desfallecen de hambre al medio dia, al lado tal vez de otras familias caritativas, que aliviarian su necesidad si la supieran!

Dorot. Es verdad.... Acaso sus parientas de vd. serán una de ellas.— Sí lo son. Como no siempre hay costuras ni que hacer, padecen unas calmas dilatadas. En este tiempo se empeña el tuniquito ó la camisa, que se habia hecho á costa de mil millones de puntadas, á costa de enfermedades y vigilias: se agotan en dos dias estos mezquinos arbitrios, y se quedan mas imposibilitadas de buscar otros, porque se quedan casi desnudas, y entonces es cuando se esperimentan las hambres en todo su rigor.

Dorot. ¡Valgame Dios! ¡Qué no sea yo marquesa acaudalada para socorrer tantas desdichas! ¿Y qué edad tienen las sobrinas de vd.?— Una tiene catorce años, y otra doce.

Dorot. ¿Y son bonitas?—Sin embargo de que están estragadas por la mala vida que pasan, no tienen unos senblantes despreciables.

Dorot. ¡Angelitos! ¡Cuán espuestas se hallan en esa edad, con ese mérito, y rodeadas de tan fatales circunstancias! Aun en este pueblo triste no faltarán seductores de su virtud.... ¡Pobrecitas! ya me interesan demasiado sus desgracias. Deseo conocer á esas muchachas infelices. ¿Qué, no podré verlas antes de irme?— Dificilmente amiga; porque por ahora están en la época fatal de desnudez. Ninguna de ellas tiene sino arambeles y pingajos. Un túnico viejo y un reboso igual se conservan, á pesar de las inclemencias del hambre, para ir á misa el dia de fiesta una por una.

Dorot. ¡Qué desgracia! Y ¿qué no tienen otra ropa?—Sí, pero empeñada.—¿Y en cuánto?—No sé; mas no puede ser en mucho, porque las alhajas de los pobres valen siempre muy poco. Creo que con doce pesos se sacarian todos sus trapillos.

Dorot. ¿Doce pesos? ¡Jesus que friolera! Tengalos vd..... y vaya en el instante á que las saquen. Hágalas vd. vestir, y que vengan á verme con su madre, sin dejar de traer al cieguecito.—Pues vuelvo....

Apenas la buena señora tomó el dinero, cuando partió corriendo á la casa de sus pobres deudas, y lo puso en sus manos, dandoles la noticia del interes que por ellas tomaba Dorotea.

La buena vieja madre, loca de gusto, fué á la tienda al instante á sacar sus prendas. El tendero, como que la conocia, se sorprendió de verla tan adinerada, y creyendo maliciosamente que se habia habilitado con malas artes, le dijo: muy de vuelta está vd. Doña Mariana.... Ya se vé es fortuna tener hijas bonitas: se anochese sin blanca, y se amanece con pricipal.

Mucho se enojó la tia Mariana, advirtiéndo la malicia del tendero; y así temblándole la barba, le dijo: despacheme vd. pronto, y vaya muy enhoramala. ¿Qué piensa vd. que yo soy de las madres que cuentan con las caras de sus hijas para subsistir? No, señor, yo y mis niñas somos tan pobres como honradas, y aun mas honradas que pobres, y esto lo sabe Dios, y todo el pueblo. Estos doce pesos que vd. vé, me los acaba de enviar de limosna esa niña, ese ángel que

posó ayer en la calle del Hospicio, con su marido y su tio el cura; y si vd. no lo cree, vaya á preguntárselo á ella misma.

El tendero que se vió tan avergonzado, delante de los marchantes que estaban en la tienda, no tuvo otro arbitrio para escusar que la buena vieja siguiera su regaño, que echarlo á la chanza. Efugio ruin, pero harto usado de los necios y malvados, cuando se ven convencidos de su malicia ó necedad. Ya está, tia Marianita; le decia: no se incomode vd..... si yo lo he dicho por chanza, pero ya sabemos todos la virtud de vd. y de sus niñas. Antes yo me alegro mucho de la fortuna que ha tenido, de que la socorriera esa señora. ¿Qué, cierto es tan piadosa como vd. dice! ¡Jesus! decia tia Mariana, ya mas frezca: si esa niña no puede ser muger, sino la misma caridad andando. Anteanoche, en el pueblo donde durmió, hizo felíz una familia que le hospedó en su casa: ayer ha hecho felíz para siempre á una parienta mia y á su niña, y hoy me ha socorrido como vd. ve. En fin, ella es un ángel, muy piadosa, y no puede ver una miseria sin sentirla y socorrerla. Será muy rica, decia el tendero.—Y cómo que es.—¡Oh, pues entonces no es gracia que sea caritativa, porque tiene con qué hacer esas caridades! Calle vd., señor, proseguia la buena vieja: mas que sea asi, es gracia, y mucha gracia que sea piadosa. ¡Cuántos ricos y ricas conozco yo, que no hacen una caridad en su vida, y que cuando mas y mucho, suelen dar un medio real tiñoso á un pobre, quizá por quitárselo de encima, ó porque los vean, y entónces quedan muy anchos, creyendo que han hecho una gran cosa, y maldito lo que les aprovechan estas mezquinas limosnas; porque yo he oido decir á personas muy sábias, que se debe hacer limosna á proporcion del caudal; luego nada hace el que, teniendo cuarenta ó cincuenta mil pesos, da el domingo medio ó un real de limosna, y quizá en cuatro cuartillas, como yo los he visto; lo que es una vergüenza.

Aquí cesó la tia Mariana, porque la despachó el tendero, y se fué á su casa muy contenta.

Luego que entró hizo que se vistieran sus hijas, y fué con ellas el cieguito y Doña Teresa para la casa del cura, quien ya estaba informado por Dorotea de las visitas que esperaba.

Luego que entraron las recibió ésta con el mayor cariño, como si de largo tiempo las hubiera conocido. ¡Pobres criaturas! decia: ¡qué bonitas son! ¡ay! ¡qué lástima seria que fuesen su honor y su hermosura víctimas de la indigencia cruel! Vea V., tio, al pobre muchachito ciego, simple, y por lo mismo inútil y gravoso á su familia. Si él hubiera nacido bueno, tendrian estas pobres siquiera la esperanza de hallar en sus brazos algun dia, un apoyo para su orfandad; mas en este infeliz estado no tienen otra que sostenerlo con su trabajo escaso y mal pagado. ¡Ay tio! ¿qué hiciéramos para mejorar la suerte de esta familia virtuosa y desgraciada?

Cura. Hija: tú discúrrelo, aconséjate con ellas mismas, y haz lo que te parezca conducente á su alivio, pero con prudencia; porque la caridad no consiste solo en dar, sino en dar con órden. La prudencia debe graduar el órden de nuestras operaciones para que sean justas y arregladas.

Esto último se lo dijo el cura á su sobrina en voz baja, con mucho disimulo, y se fué á mandar poner el coche en compañía de Teófilo.

Dorotea que era bastante avisada, advirtió cuanto le quiso de-

cir su tio; y así tratando de conciliar la seguridad de sus hijos con los benéficos sentimientos que abrigaba su corazon, dijo á la tia Mariana: ¿le gusta á V. este pueblo?—Sí señora.—¿Y en él habrá algun arbitrio ó giro, bastante á proporcionarles á vds. su subsistencia con mas desahogo y menos tarea que la aguja?—Sí señora; pero se necesita dinero, ó á lo menos un buen fiador.—¿Y qué cosa?—El meson de aquí se arrienda actualmente en trescientos pesos al año, y segun este arrendamiento y el tráfico que tiene, deja muy bien para mantenerse con decencia una familia corta como la mia.—Pero eso será á quien lo entienda; pero V. poco ó nada entenderá de administrar un meson.—Sí señora: yo entiendo de eso mejor que de bordar, porque mi difunto marido tuvo este mismo meson muchos años, y yo corria con las cuentas de los huéspedes, cuidaba de los mozos, ajustaba la paja y la cebada, y llevaba todo el peso de la negociacion, especialmente cuando mi marido estaba ausente. Todavía tengo los libros de las cuentas, y en ellas hay muchas hechas de mi mano.—Y V., Doña Teresa, habrá visto esos libros, y conocerá á la señora Doña Mariana en ese destino que dice. ¿No es verdad?—En nada ha faltado á ella mi prima, dijo Dª Teresa.

No fué menester mas averiguacion. En el momento mandó Dorotea que llevasen de almorzar á las visitas, y luego que las dejó almorzando entró á ver á su tio: le contó cuanto sabia: le dió la facilidad con que podian ser socorridas aquellas infelices, y se empeñó con demasiada viveza para que se quedasen con el meson en el dia.

El cura, naturalmente inclinado á hacer bien, se agradó mucho de la intencion de su sobrina, y sin perder instante vió al dueño, y se hicieron luego luego las diligencias precisas para el caso, de modo que en una hora ya estaba todo corriente, y en Doña Mariana la arrendataria del meson sin saberlo. ¡Qué no hace el dinero cuando se quiere gastar sin mezquindad!

Así que Dorotea tuvo en su mano la escritura, en la que so-

ba una firma de la interesada, pasó á verla y les dijo: vds. ensen que las haya dejado solas; pero he tenido que hacer un cio de bastante importancia. Vaya, tomen vds. sus paños palos, y acompáñennos á una visita que tenemos que hacer, es de irnos mi esposo, mi tio, vds. y yo.—¿Nosotras, señori—Sí, vds.: vamos.

Sin saber á dónde ni á qué, acompañó la tia Mariana á Doea, al cura, y á Teófilo, seguida de sus hijos, hasta que llegan al meson, donde esperaba el dueño y el escribano.

Así que entraron dijo Dorotea á la buena vieja: vaya, reciba el meson y sus aperos, y firme el documento. Al decir esto so las escrituras en su mano.

Atónita se quedó la tia Mariana al oir estas palabras, sin saer qué le pasaba, ni qué cosa se le queria decir.

Entónces el cura y el escribano le esplicaron todo lo que ha- ...o
bia hecho Dorotea, y cuando entendieron el gran beneficio ...paldas;
les habia hecho, corrieron todas á abrazarla y á darle ...ma, será oi-
cias, con aquella ternura y espresiones vivas y elocu... fice en otra par-
ben arrancar los beneficios de los corazones a... á de él es un homici-
Quisiera Dorotea desprende... *El que dá al pobre, no tendrá nece-*
vergonzada de esta escena; ... *que lo desprecia cuando le ruega, caerá*
nida entre sus brazos. ... *á* [2]. Por último, el Sábio dice: *Encierra*
gel, aquella su madre ... *seno del pobre, y ella rogará por tí, á fin de*
Aun tiempo la ... *do de todo mal, y será una arma mas fuerte para*
lágrimas, que se ... *ontra tu enemigo, que el escudo y la lanza del hom-*
confundida c... *caliente* [3].
, amigas, ... esto, y mas, dice el Espíritu de la verdad: la lástima es
do, yo n... s ricos duros de que hablo, ó no lo saben ó no lo creen,
En fin ... eso hay tantos infelices y tan pocos limosneros; pero por
ad en...

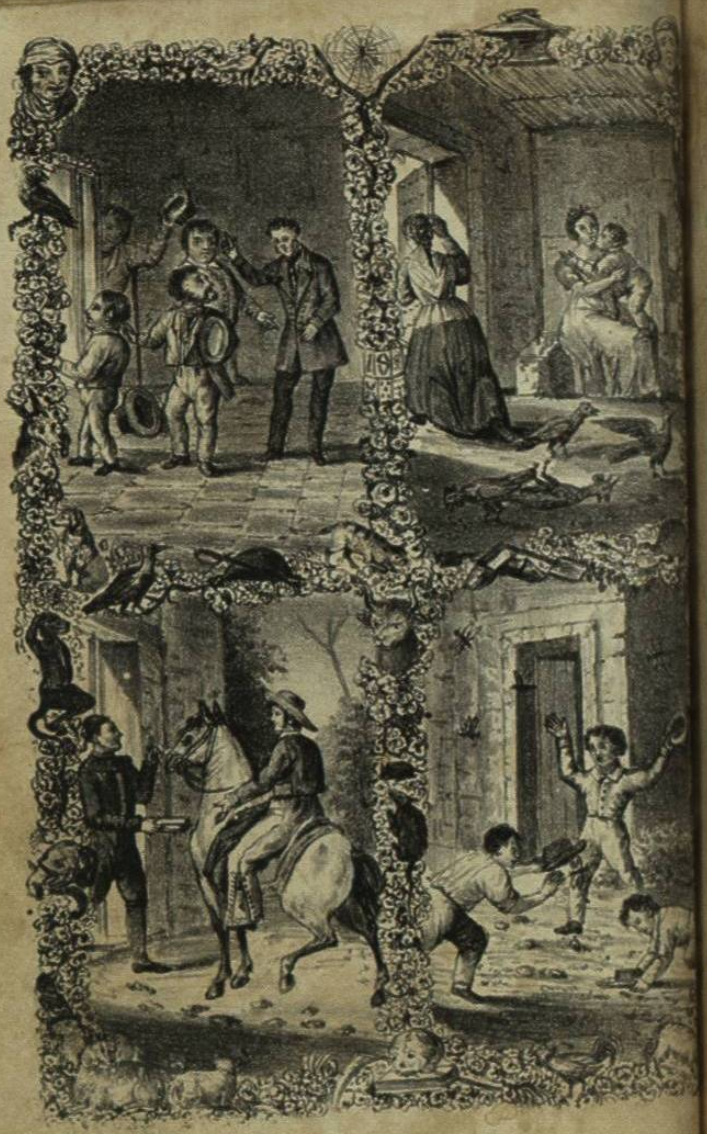
[1] *Eccl.* 4.
[2] *Prov.* 28.
[3] *Eccl.* 29.

eso tambien hay muchos ricos acompañando al avaro Epulon.

Todo esto te digo no para tu envanecimiento, sinopara que te acostumbres á hacer bien, y guste tu corazon las dulzuras de la sensibilidad, ejercitada en favor de tus infelices semejantes.

A este tiempo llegó Teófilo, se entraron en el coche y continuaron su viage para la capital, satisfechos todos de haber tenido *un dia alegre y dignamente aprovechado.*

FIN DEL DIA ALEGRE.



FABULAS

DEL

PENSADOR MEXICANO.

PROLOGO.

El objeto de las Fábulas, como saben los que lo saben, no es otro que corregir las costumbres con la moralidad, divirtiendo al lector con lo agradable de la ficcion, haciendo de este modo que beba el amargo de la correccion en la dorada copa del chiste. Esto tiene la Fábula de recomendable.

Por lo que mira á su artificio, no es tan fácil como parece: causa suficiente para que sean tan pocos los que han sobresalido en esta clase de composiciones. La esacta observancia de las reglas: lo selecto de los asuntos: la variacion del métro: la